

# Cincuenta aniversario del Instituto Rockefeller

Luis BRU

El próximo mes de octubre, y para celebrar el cincuenta aniversario del Instituto Nacional de Física y Química (Instituto Rockefeller), tendrá lugar un acto en el que tomaremos parte «viejos rockefellerianos» —todos ya Profesores Ementus— y algunos investigadores actuales del citado Instituto.

No se puede hablar de investigación en España en los campos de la física y de la Química sin hacer una referencia formal de aquél. En efecto, y como tantas veces se ha dicho y hemos escrito, cuanto se ha hecho en esas ramas de la Ciencia ha sido posible por la enorme labor llevada a cabo en el por un reducido grupo de hombres que cargaron sobre sus espaldas la responsabilidad de investigar y crear escuelas capaces de continuar sus tareas.

El centro al que nos estamos refiriendo tuvo un germen en el viejo Instituto de Investigación Física, situado en los altos del antiguo Hipódromo, en el que se iniciaron las primeras investigaciones serias que se hicieron en España tanto en Física como en Química.

Como es lógico, todo arranca de una figura, continuándose después por un equipo de hombres que, poco a poco, se apiñaron a su alrededor. La figura fue un canario, don Blas Cabrera, catedrático de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, única que por aquel entonces, principios de siglo, había en Madrid. Precisamente en estos últimos tiempos, el apellido Cabrera se ha asomado a los periódicos nacionales, así como también a los de todo el mundo por dos razones. En los primeros, porque Nicolás Cabrera, catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid, e hijo de don Blas, ha sido galardonado con el premio de Física que lleva el nombre de su padre. Por otro lado, Blas Cabrera, profesor de la Universidad de Stanford, hijo de Nicolás y nieto de don Blas, ha sido noticia en la Prensa mundial por haber puesto de manifiesto la posible existencia de una partícula pesada, el **monopolo**, que de confirmarse, puede marcar un hito en la historia de la Física al obligar a revisar un capítulo de esta ciencia, el Electromagnetismo, tan bien y con tanta belleza edificado a partir de los trabajos del físico inglés Maxwell en la segunda mitad del pasado siglo.

Miembros de la Fundación Rockefeller, en visita por España allá por el año 1929, asombrados por la labor que se estaba llevando a cabo en aquel viejo laboratorio y en las condiciones

en que se hacía, pusieron a disposición del Gobierno alrededor de cinco millones de pesetas para construir un Instituto de Física y Química, con el compromiso formal de mantenerlo al nivel necesario. Es así como los arquitectos Lacasa y Sánchez Arcas, después de visitar centros de investigación europeos y americanos acompañados, creo recordar, por Palacios y Catalán, plasman en una realidad el nuevo Instituto. El Gobierno, como ya es tradicional entre nosotros, no cumplió ni con mucho el compromiso adquirido con la Fundación Rockefeller.

En un rápido recorrido a lo largo de los setenta años que median entre los primeros trabajos de don Blas sobre el estudio de propiedades magnéticas de la materia iniciados en el viejo Instituto, y los que ahora se realizan en su directiva descendiente, el Rockefeller, no podemos descender a detalles, pero sí queremos destacar el espíritu de aquellos pioneros y también, por qué no decirlo, de sus primeros continuadores, que ha hecho posible que la cota alcanzada en las investigaciones que hoy día hacemos en el campo de las dos ciencias citadas sea algo más que satisfactoria. Por otro lado, el magnífico plantel de jóvenes investigadores con que contamos presagian un futuro más que alentador. El Rey Don Juan Carlos lo sabe muy bien y nos consta que una de sus preocupaciones es, como nos lo hizo saber en la reunión de La Zarzuela, ayudarles al máximo. Hay que superar dos tremendas barreras. Una es las condiciones precarias en las que la investigación se lleva a cabo, motivada por la escasa atención que los poderes públicos la han venido prestando y por la indiferencia glacial de «la sociedad». El otro obstáculo radica en las trabas de orden administrativo, de orden burocrático, que, si cuando la investigación preocupaba poco ya eran casi insalvables, mucho me temo que ahora, que parece despertarse un furor por la investigación, lleguen a serlo del todo, originando el correspondiente colapso. Es como «un agujero negro» o como el gasto público que se traga cuanto encuentra a su alrededor.

Voy a permitirme hacer un inciso en mi relato. Se viene diciendo hasta la saciedad que **carecemos de política científica**, lo cual es cierto; pero ¿es tan necesaria que sin ella no se va a ninguna parte? Estoy convencido que literalmente no es así. No ignoro que los tiempos han cambiado mucho desde la época do-

rada de las ciencias que nos ocupan, que dura hasta los años treinta, cuando todavía era difícil concebir una investigación profesionalizada; que, en el campo de la investigación pura, cuyo progreso es indispensable para alcanzar los altos grados tecnológicos actuales, todo se ha hecho sin una política científica y sin una peligrosa previa programación. Lector amable, si has llegado hasta aquí, trata de hacer, si puedes, un repaso a la historia de la Física y comprueba que ni Kepler, Galileo o Newton ni los grandes investigadores del siglo XIX, ni tampoco los más fecundos del actual, Curie, Planck, Einstein, Bohr, Heisenberg y tantos otros, el mismo Cabrera, precisaron de una organización estatal. Ya sé que esta es una opinión muy particular que, con toda seguridad, será muy criticada; pero no olvidemos que **no hay ciencia sin libertad**, que la ciencia es una consecuencia del espíritu creador del individuo, sobre el que la sociedad no sé si tiene derecho a intervenir. Tal vez sólo cuando el resultado final pueda constituir un peligro para ella, como puede ser el caso de una ingeniería genética programada por irresponsables o por belicistas incorregibles.

Volvamos a nuestro norte. La Junta para Ampliación de Estudios, único organismo en aquellos tiempos que se preocupaba de **fomentar** la investigación, y a la que tantos de nosotros le estamos agradecidos, puso el Rockefeller, como no podía ser de otra manera, bajo la dirección de don Blas, que designó como secretario a una de las personas más inteligentes y peculiares que he conocido, don Julio Guzmán. Se le dotó de un taller mecánico de alta precisión que, bajo la sagaz intuición de Juan Torroja y la maestría de sus mecánicos, el inolvidable Lénida y los jóvenes Vicente y Alejandro, fueron capaces de construir las piezas «más sofisticadas» que precisábamos para nuestros aparatos. Eran los tiempos en los que la mayor parte de las instalaciones que utilizábamos eran «de artesanía». Sin aquel taller y el de soplado de vidrio, encabezado por Antonio Prieto, poco o nada hubiéramos podido hacer.

Las principales secciones del Instituto fueron, en un principio: Magnetismo (Cabrera), Rayos X (Palacios), Espectroscopia (Catalán), Química orgánica (Madina-beytia), Química inorgánica (Moles) y Electroquímica (Guzmán). Cuando los de mi generación, que procedíamos del antiguo Instituto, nos incorporamos al nuevo, aquellos maestros es-

taban secundados por figuras de la talla de Dupener, Crespi, Batuecas y algunos más. Todos contribuyeron a nuestra formación y si no hemos alcanzado un techo más alto hay que achacarlo a nuestras limitaciones, que no a las ocasiones que se nos brindaron, junto a ellos primero y en los mejores centros europeos después al lado de relevantísimas figuras.

Entre los muchos éxitos que se consiguieron, se pueden citar el descubrimiento de los múltiples por Catalán, la contribución extraordinaria del equipo de don Blas al conocimiento de las propiedades magnéticas de «las tierras raras», la medida de masas atómicas con la máxima precisión, llevada a cabo por Moles. Todo eso y mucho más figura abundantemente recogido en la bibliografía científica mundial.

En el año 1934 fue la sede del Congreso Internacional de Química Pura y Aplicada, presidido por don Obdulio Fernández (al que acabamos de perder cuando iba a alcanzar el siglo de edad) y cuya secretaria llevó, con su actividad característica, don Enrique Moles, secundado por el entonces joven Juan Sancho, primer decano y artífice de la Facultad de Ciencias de la Universidad Autónoma de Madrid. Como homenaje a don Blas se le llevó una muestra de **agua pesada** para que determinara sus constantes magnéticas.

Un antiguo y querido colega, el profesor Pérez Victoria, ha tenido la feliz idea de reunir con cierta periodicidad a la «familia rockefelleriana», como él la llama, integrada por los supervivientes de los que hasta el año 1936 trabajamos en esa Institución, a la que tanto queremos. El espíritu que comentaba al principio perdura y es deseo de todos que no se pierda y que presida, por encima de todo, en los que ahora tienen la responsabilidad de conservar e incrementar la herencia que han recibido.

Esta familia va a celebrar «su fiesta mayor» dentro de unas semanas. Acudiremos a ella llenos de recuerdos y con la desazón de no haber cumplido, con toda seguridad, las metas que nos proponíamos; pero con la tranquilidad de conciencia de haber tratado, sin desfallecimientos, pese a las muchas y tremendas dificultades que ha habido que salvar, de conseguir nuestros logros. También con la pena de ver que son muchos los que el destino no ha querido que estén presentes participando en la misma. Pueden estar seguros que no los olvidaremos.